

nezuela, los fusilados de Topilejo, en México; los perseguidos de Cuba; y los argentinos rebeldes y los chilenos antimilitaristas y los nacionalistas de Colombia y los jó-

venes o viejos que sufren y trabajan por el ideal hispánico. En nombre de todos tengo el honor de decirte: ¡Todavía hay falanges que siguen tu bandera!

Carlos Deambrosio Martins

## Fragmentos de carta

= Dirigida a José Vasconcelos por un universitario venezolano en respuesta a su *Mensaje a la Juventud Venezolana*. (\*) Estando en el interior del país el autor de esta hermosa carta, es obvia la razón por la cual silenciamos su nombre. =

Usted es sacerdote de la revolución que esperamos y deseamos. Usted sabe que en nuestra América nada es verdad sino la escuela. En la índole de estos pueblos perdura un quebranto epopéyico, propenso a los pronunciamientos de caserío. Ese pobre jinete que cruza nuestros llanos, se devuelve, a la par de su caballo, bajo un sol que calienta en su cabeza la sopa de hazañas con que lo racionó la historia. Caballo, jienete y llano, magros de toda fiebre, van con la cabeza baja hacia la hora de entrar en las filas. Novia enflaquecida, la tierra, esperando al seductor vestido de "hombre alzado", guapo<sup>(1)</sup> y castigador. Penco sin atajos, todo en huesos, vago de miedo frente a la "Comisión"<sup>(2)</sup> que abre picas en el zarzal de hombres: ese es el pueblo. Pasa la revolución: cien caballos para huir; los da el llanero. Y el hombre y el caballo van detrás del coleador de presidencias que esgrime un papel y no lo lee. Eso ha sido la historia política de este país. Dos grandes horas de embriaguez, y dos legiones de ebrios: la Independencia y la Federación. La Independencia era Bolívar y diez hombres más que amaron la tierra; lo demás, una fila de gloriosos saqueadores, capataces condecorados, vértigo hazañoso; la tierra cobró la calidad morena de manceba de capitán; el pueblo, en los cuarteles, contaba el último gesto rojo del patriota sin patria. Los movimientos de raíz popular por la independencia no encontraron en los ricos sino recelo y hostilidad. Se temía que aquello llevara a un pueblo a la plaza; se quería independencia de España, pero no libertad del pueblo americano; las grandes casas se cerraron como orejas turcas al grito de Dolores y a los "fuegos fatuos" de Caracas. Los mantuanos hicieron su guerra; llevaron sus peonadas como Baldunino hubiera llevado sus villanos flamencos, mientras que el desplante de un guapo regional arrastraba a los llaneros libres de nacimiento. Nos quedaron una aristocracia dragoneante, una burguesía feudal, un pueblo mesnadero. Bolívar se quedó solo. Después nadie habló de tierra. La boca de los hombres estaba llena de nombres duros como balas—Páez, Monagas, Bermúdez.—Sólo en la boca de los muertos se podría encontrar el terrón oscuro y triste como la palabra de aquel pueblo. Revuel-

tas, conjuras, golpes de mano. Ni un doctrinario, ni un maestro, ni un venezolano de Venezuela. Detrás de Lander, un diletante; detrás de Guzmán, un ambicioso, detrás de Larrazábal, el rostro encarbonado de un capitán de bandoleros; detrás de Juan Vicente González, la cara amarilla de la Oportunidad; detrás de Villanueva, una actitud exhibicionista. Nada primitivo, nada que hablara en nombre del derecho a vivir, ni un solo hombre cerca de la muchedumbre. Grandes culpables, los hombres de pensamiento, delincuentes de omisión y de inhibición. Y por sobre todo, paranoia epopéyica. Apologistas de grandes agavillados, eso fueron las plumas de la mayor parte de nuestros escritores políticos, desde González hasta esa baratija cinquecentista que grazna en *El Nuevo Diario*. Y los honrados fueron pantallas inocentes; Páez tremoló a Vargas, como una proclama mal aprendida; los Monagas saborearon el ruibarbo necesario de la palabra "liberalismo". Y los hijos políticos de la Independencia se prolongaron en los hijos políticos de la Gran Causa. Las bocas se llenaron con el bostezo de palabras de Partidos cuya significación ignoraban; la batalla fue el óleo de los grandes ciudadanos. Ayer y hoy un solo delito político ha habido en Venezuela: el robo; los demás han sido crímenes adjetivos. Guzmán Alcántara, Andueza, Andrade, Castro, Gómez, golpes con escalo, revoluciones bautizadas como perros de solteronas; ex-gobiernos a caza de regreso al poder; nombres, nombres; mesnaderos de Coro, Trujillo y Barcelona; nombres de caudillos, cayendo en la boca sedienta del pueblo como sorbos de caña o de tequila. Y la tierra, la tierra, con sus árboles, sus caballos, sus nubes de mosquitos, sus ríos sin proas, sus carreteras latifundistas hechas con huesos de presidiarios, sus llanos sin agua y su hombre flaco, novio de la Recluta, dónde estaba? Ignorancia, alcohol, juego y plumas sin probidad, todo al servicio de la barbarie. Venezuela, llamado país de las revoluciones, puede gritar al mundo que ella no ha visto nunca una revolución. Y hace un siglo, el Panteón está esperando que le dejen para siempre su Bolívar, el Libertador, el hombre útil del siglo XIX, mientras por todas las calles y por todos los campos pasa la sombra de Bolívar ar-

mado, en el anca de los caudillos, azotando la tierra con el látigo de su gloria militar, y como en los días de Páez y de Monagas, de Zamora y Guzmán, de Crespo y Cipriano Castro, el humo de las descargas es la marihuana de este pueblo.

Aquí hay optimismo; aquí se cree en nuestros compañeros desterrados y en la eficiencia de la labor de cuantos trabajamos dentro del país. Se cree en los que han sufrido; se cree que en día no lejano completaremos la armonía de la gran patria, cuando un Méjico eficaz, una España total, una Venezuela lograda, saluden a los hombres con la primera voz sin recelo que convida a la mesa de los pueblos. Usted será ese día en los labios castellanos una gran palabra sin comentarios, ofrecida a la humanidad como en feria espiritual. Usted será ofrecido a las gentes como ejemplar de nuestra fuerza frutal, excrecencia del sentimiento continental que lo da a usted con el pugido bendito con que una espiga de selección da una mazorca de antología. Yo aspiro a estar a su lado ese día de ofrecerle a usted nuestra tierra en una buena sombra de árbol, conseguida como prueba final de los terrones amasados con ese sudor de amor que hace que los médanos desechados rindan la flor de las ideologías.

(Envío de Rómulo Betancourt.)

## INDICE



### 20 libros recomendables

E. Duvillard: <i>Las tendencias actuales de la enseñanza primaria</i> . . . . .	¢ 3.50
José Tinoco: <i>La Vida de los Astros</i> . . . . .	2.00
L. Jiménez de Asúa: <i>Libertad de Amar y Derecho a Morir</i> . . . . .	3.50
Alberto Guillén: <i>Breve Antología Peruana</i> . . . . .	3.00
S. Ramón y Cajal: <i>Reglas y Consejos sobre Investigación Científica</i> . . . . .	4.50
Balduin Schwartz: <i>La Psicología del Llanto</i> . . . . .	3.00
Jorge Mehlis: <i>Plotino</i> . . . . .	3.50
Azorín: <i>Adando y Pensando</i> . Notas de un transeúnte . . . . .	3.00
<i>Como se forja un pueblo</i> . . . . .	4.25
Emilio García Gómez: <i>Poemas Arábigoandaluces</i> . . . . .	4.25
Gracián: <i>El Oráculo Manual, El Héroe y El Discreto</i> . . . . .	7.00
Richard Peters: <i>La Estructura de la Historia Universal en Juan Bautista Vico</i> . . . . .	5.50
Gracián: <i>Agudeza y Arte de Ingenio</i> . . . . .	7.00
Andrenio (E. Gómez de Baquero). <i>Novelas y Cuentos</i> . . . . .	3.50
Julio Vicuña Cifuentes: <i>Estudios de Métrica Española</i> . . . . .	4.50
María Monvel: <i>Poetisas de América</i> . . . . .	3.00
Enrique Rioja: <i>Curiosos Pobladores del Mar</i> . . . . .	2.00
Hermann Siebeck: <i>Aristóteles</i> . . . . .	3.75
Henry de Montherlant: <i>Olímpicas</i> . . . . .	3.75
Henry de Montherlant: <i>Los Bestiarios</i> . . . . .	3.75

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

(1) Venezolanismo: sinónimo de valiente.  
(2) Venezolanismo: gente armada que recorre los campos en recluta forzosa de ciudadanos para el ejército.

(\*) Véanse en el Rep. Am. N.º 21 del tomo XX.